

Teología de la Comunicación

Mario Ángel Flores Ramos

Nuestro tiempo ha desarrollado de manera increíble la capacidad de comunicación humana. Comunicación que se desarrolla con una tecnología sorprendente, que pone, de manera instantánea, de un lugar a otro de la tierra, cualquier noticia, imagen o documento. No hace falta extendernos en describir lo que todos estamos viviendo con el desarrollo de la tecnología satelital y digital: cada vez es más rápido y más sencillo establecer redes de comunicación global. Sin embargo, estos medios han ido creando un mundo virtual, al margen del mundo real, despertando una fascinación tal que se convierte en una barrera para la comunicación personal, especialmente entre los más jóvenes, quienes, en muchas ocasiones, quedan atrapados en estos sistemas al grado de requerir terapias para superar el aislamiento al que quedan sometidos. Me refiero a jóvenes que padecen las creaciones virtuales, ficticias e inexistentes, o, en el mejor de los casos, personas extrañas, incomunicadas con los más cercanos, con personas de carne y hueso, con aquellos que son parte de su realidad.

El ideal cristiano nos lleva a un horizonte totalmente distinto, donde la comunicación es siempre encuentro con los demás para establecer compromiso y solidaridad humana. El Papa Francisco lo dice de manera muy directa: “Porque, así como algunos quisieran un Cristo puramente espiritual, sin carne y sin cruz, también se pretenden relaciones interpersonales sólo mediadas por aparatos sofisticados, por pantallas y sistemas que se puedan encender y apagar a voluntad. Mientras tanto, el Evangelio nos invita siempre a correr el riesgo del encuentro con el rostro del otro, con su presencia física que interpela, con su dolor y sus reclamos, con su alegría que contagia en un constante cuerpo a cuerpo”¹.

El ser humano está hecho para comunicarse

El hecho de que se den fenómenos de incomunicación o deformación en la misma no nos debe hacer olvidar que somos seres para comunicarnos. Desde las más tempranas manifestaciones de un pequeño que nace, hasta la estructuración del lenguaje y el desarrollo de los medios e instrumentos más sofisticados, no podemos vivir sin expresarnos. Por ello, entre los elementos básicos de toda cultura está el lenguaje tanto oral como figurativo. La comunicación nos hace salir de nosotros mismos como expresión de un crecimiento interior propio, para ir al encuentro de los demás, y socializar el crecimiento como una conquista común. “Resulta fructífero el esfuerzo por esbozar también una *teoría teológica de la comunicación*. La comunicación social humana viene a ser –más aún, debería ser– imagen y semejanza de la comunicación divina trinitaria. El único modo de entender la sociabilidad humana, radicalmente, o sea, su carácter de relación, reside en la concepción de la esencia una y trina de Dios”².

Comunicación, esencia del Evangelio

¹ Papa Francisco, Exhortación Apostólica *La alegría del Evangelio (Evangelii Gaudium)*. Roma 24 de noviembre 2013, no. 89: *Sí a las relaciones nuevas que genera Jesucristo*.

² Andreas Böhmler, *Teología de la Comunicación*, en: catholic.net. Tema: Comunicación.

El Evangelio no es sólo transmisión de una noticia –por cierto, siempre una *Buena Noticia*³–, sino también una forma de comunicarla. Con esta idea se da el paso de la comunicación como “un hecho” humano a “una forma”, en sentido de virtud y perfección. En otras palabras, no basta el hecho mismo de la comunicación, sino, sobre todo, sus formas y, consiguientemente, su contenido.

Jesucristo es Palabra y Presencia de Dios en medio de nuestra historia. El Dios desconocido e inalcanzable se ha convertido en cultura y lenguaje humano, capaz de ser comprendido y encontrado, tal como se da en la experiencia de sus discípulos: “*Rabbi, ¿dónde vives, Maestro?*” *Respondió Jesús: “Vengan y lo verán”* (Jn 1,38-39).

El Maestro busca y llama de manera personal (*cfr.* Jn 1,43); se acerca a las multitudes, enseña, consuela y alimenta (*cfr.* Jn 6,1-15), mira a cada persona y da una respuesta concreta, ya sea al inválido, al ciego de nacimiento, a la mujer enferma, al centurión o al fariseo que lo busca de noche. Su presencia y sus palabras también cuestionan para transformar la realidad de las personas y las estructuras como lo hace con la samaritana, con los escribas y fariseos o con el joven que busca la perfección.

Recorre caminos, entra a los pueblos, comparte las fiestas, vive los duelos, se sienta a la mesa sin distinguos para compartir la amistad o para transformar la vida de quienes lo reciben como huésped. Jesús mira con ternura a los ojos de quien busca con sinceridad la verdad y el bien, y contempla compadecido a las multitudes que caminan como ovejas sin pastor (Mt 10,36-38).

Todo Él es comunicación de la Palabra y la Presencia de Dios en medio de nosotros, llegando al momento culminante en la Cruz, donde su inocencia interpela nuestra injusticia y la tragedia de su muerte muestra la oscuridad de nuestros pecados. Sin embargo, la tormenta del Calvario permitirá ver con mayor fuerza la claridad de la resurrección; y la angustia indescriptible por el silencio de Dios, será colmada por la paz que comunica el Resucitado como respuesta del amor de Dios por nosotros con la donación de su Espíritu (*cfr.* Jn 20,19-22).

La comunicación de Cristo es personal, estableciendo un vínculo estrecho y definitivo entre Dios y todos los seres humanos. No hay nada virtual, no hay nada aparente. Por ello, en continuidad con su acción histórica, la misión de sus discípulos debe seguir la misma línea: *El que a ustedes escucha, a mí me escucha* (*cfr.* Lc 10,16). Los discípulos deben salir de sí mismos, recorrer muchos caminos, anunciar su experiencia, enseñar lo que han aprendido de Jesús, transformar la vida de los otros, construir fraternidad y crear comunidad; pero, sobre todo, vivir lo que se anuncia: *Que digan que son mis discípulos cuando vean cómo se aman* (*cfr.* Jn 13,35).

La esencia de la Buena Nueva comienza con la comunicación que crea discípulos para la nueva vida, que a su vez se convierten en apóstoles, es decir en comunicadores impulsados por el Espíritu de Jesús resucitado: *Yo estaré con ustedes todos los días hasta el fin de los tiempos* (*cfr.* Mt 28,20).

San Pablo nos muestra la exigencia que siente interiormente como discípulo: *¡Ay de mí si no evangelizara!* (*cfr.* 1Cor 9,16), y después da testimonio de la dinámica de esta

³ El mandato de Jesús a sus discípulos es anunciar una Buena Noticia para todos los hombres en todos los rincones de la tierra (*cfr.* Mc 16,15; Mt 28,16-20). Esa Buena Noticia tiene que ver no sólo con su resurrección apenas experimentada, sino también con todo lo referente al amor de Dios que ha comenzado a establecer entre nosotros su reino con Jesús y todos los que le sigan, y llegará a su plenitud al final de los tiempos.

acción interminable bajo el impulso de la comunicación: *¿Cómo pueden creer* –se pregunta el apóstol– *si nadie les ha anunciado, y cómo puede haber un anuncio si nadie ha sido enviado?* (cfr. Rom 10,14).

Los medios de comunicación no pueden ni deben sustituir a la persona del comunicador. La fe comienza por el anuncio y el testimonio. Así como no fue un libro el que nos condujo a Jesús, tampoco puede ser un video el que nos comunique plenamente a Cristo. Detrás de los textos del Nuevo Testamento están quienes dieron testimonio, como detrás de cualquier material de la tecnología visiva debe haber un testimonio real y personal, no una producción simplemente técnica.

Comunicar lo que creemos

Hoy vivimos en una sociedad de fachadas. ‘*Caras vemos, corazones no sabemos*’ dice un dicho popular, que bien puede ser invocado para calificar la comunicación mercantilista en los ambientes comerciales, o la comunicación populista en los círculos políticos. En muchos casos no hay compromiso con la verdad sino con la mercadotecnia falaz que crea un lenguaje para convencer sobre la bondad inexistente de muchos productos o sobre la ideología política que sólo tiene la finalidad de conducir a la conquista del poder.

La verdadera comunicación comienza con un convencimiento propio sobre el que estamos dispuestos a comprometer la propia vida, porque de ello depende la autoridad de las propias palabras: *Hablamos de lo que hemos visto y oído*, dice el apóstol Juan (cfr. 1Jn 1,1-3). Tal era el compromiso y certeza personal de lo que comunicaban los apóstoles que, prácticamente, comprometieron la vida con su anuncio.

La Verdad los hará libres (cfr. Jn 8,31), decía Jesucristo poniendo el énfasis en uno de los aspectos más importantes de la comunicación. Creer no siempre coincide con la Verdad, pero sí con una búsqueda auténtica de la misma. Por ello, con un sentido de esperanza, Jesús dice: *El que busca encuentra...* (Mt 7,8).

La coherencia entre lo que comunicamos y lo que vivimos es la senda hacia la santidad cristiana: vivir conforme a lo que creemos. Un comunicador de la Palabra de Dios, que no crea que es la Palabra de vida eterna, es sólo una campana hueca sin fondo ni sentido, como dice san Pablo en relación al verdadero amor (cfr. 1Cor, 13,1).

Comunicación, compromiso con la caridad

“Desde el corazón del Evangelio reconocemos la íntima conexión que existe entre evangelización y promoción humana, que necesariamente debe expresarse y desarrollarse en toda acción evangelizadora. La aceptación del primer anuncio, que invita a dejarse amar por Dios y a amarlo con el amor que Él mismo nos comunica, provoca en la vida de la persona y en sus acciones una primera y fundamental reacción: desear, buscar y cuidar el bien de los demás”⁴. Hay una inseparable conexión entre la recepción del anuncio salvífico y la comunicación del mismo en orden a un efectivo amor fraterno: *Si dices que amas a Dios y odias a tu hermano eres un mentiroso* (cfr. 1Jn 4,20).

Si hay una exigencia para vivir las consecuencias del anuncio del Evangelio para aquél que lo acepta y lo recibe, con mucha mayor razón para aquel que lo comunica: *¿Cómo podemos comunicar algo en lo que no creemos?* No podemos caer en la tentación de hacer de nuestra tarea evangelizadora una simple práctica de mercadotecnia al más puro estilo empresarial, o dentro de una simple rutina burocrática de supervivencia. Uno de los

⁴ Papa Francisco, *op. cit.*, no. 178.

grandes peligros, una de las grandes tentaciones de los agentes pastorales, dice el Papa Francisco, es planificar la evangelización como si se tratara de un producto, “una marca poderosa” dicen algunos, con la que debemos estructurar una propaganda agresiva y envolvente: muchos planes, pero vacíos de espíritu y de fuerza interior... “No es posible imaginar que de estas formas desvirtuadas de cristianismo pueda brotar un auténtico dinamismo evangelizador”⁵.

Ya en el siglo II de nuestra era san Ignacio de Antioquía advertía que Dios no necesita del boato del mundo ni de las estrategias mundanas para comunicarse: “Las grandes acciones de Dios se realizan en el silencio de Dios” (Ef 19), por ello les recomendaba a los efesios: *Cuando más callado veas a tu obispo, mayor reverencia debes darle* (Ef 4-6), en este sentido, claro está, de que cuanto menos hablara de sí mismo y más se convirtiera él mismo en comunicación de la Palabra de Dios, más cerca estaba de realizar el ministerio que le corresponde.

Quisiera concluir con las palabras del Papa Francisco que, una vez más, pone el sentido certero de la comunicación del Evangelio, en particular, y de la comunicación humana auténtica, en general: “El *Kerigma* tiene un contenido ineludiblemente social: en el corazón mismo del Evangelio está la vida comunitaria y el compromiso con los otros. El contenido del Primer Anuncio tiene una inmediata repercusión moral cuyo centro es la caridad”⁶.

Acerca del autor

El **Pbro. Dr. Mario Ángel Flores Ramos** es licenciado en Teología por la Pontificia Universidad Gregoriana en Roma; licenciado y doctor en los Padres de la Iglesia por la Pontificia Universidad Lateranense, Roma. Fue Secretario Ejecutivo de la Comisión Episcopal de Doctrina de la CEM, Director de la Comisión de Cultura de la Arquidiócesis de México, miembro del consejo de IMDOSOC y profesor en el Instituto Superior de Estudios Eclesiásticos de México.

El papa Benedicto XVI lo nombró miembro de la Comisión Teológica Internacional y actualmente es Rector de la Universidad Pontificia de México.

Reproducido con autorización de: www.vidapastoral.com

⁵ Papa Francisco, *op. cit.*, no. 93.

⁶ Papa Francisco, *op. cit.*, no. 177.